



BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

**BONIFACE OFOGO NKAMA**

*Una vida de cuento*

[Fragmento]

#### Edición impresa

BonifaceOfogoNkama, *Una vida de cuento* (2006)

#### En

BonifaceOfogoNkama (2006) *Una vida de cuento*. Madrid: Centro de Investigación y Documentación Educativa (CIDE). Ministerio de Educación y Ciencia. Incluye CD-ROM (pp. 88-96).

#### Edición digital

BonifaceOfogoNkama, *Una vida de cuento* (2015)

Inmaculada Díaz Narbona (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Mayo de 2015



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades»(FFI2013-44413-R) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



## *Una vida de cuento* BonifaceOfogoNkama

En mayo de 1997, tres meses antes del viaje exploratorio que tenía programado realizar a Camerún, fui interpelado en un tren TALGO Madrid-Valladolid-Gijón, por dos policías de inmigración que me pidieron la documentación. Mi tarjeta de estudiante había caducado tres años antes; el resguardo de solicitud de un permiso de trabajo que les presenté no era válido. Fui detenido y conducido a la Comisaría de Policía de Valladolid. En aquellos años, era conocido en toda la ciudad y la provincia de Valladolid. En menos de una hora, Teresa Yagüe, una profesora de francés y miembro de la CGT, coordinadora de un programa de ayuda a inmigrantes, consiguió movilizar a toda la ciudad; fueron presentándose en la comisaría los secretarios generales de Comisiones Obreras, de UGT, los responsables de las distintas Organizaciones No Gubernamentales con las que yo venía colaborando, todos ellos para exigir mi libertad. Al mismo tiempo, los colegios en los que ya había contado cuentos empezaron a reaccionar; al cabo de veinticuatro horas, el despacho del subdelegado del Gobierno, fue inundado por centenares de fax de alumnos y profesores de toda la provincia, algunos escritos de su puño y letra por niños y niñas de seis o siete años, que decían "Boni, cuéntanos un cuento". Al día siguiente, la noticia apareció en el periódico *El Norte de Castilla*: "Boni, el cuentacuentos camerunés, detenido por la policía". Un grupo de niños del colegio público de Iscar, acompañado de sus maestros y padres, se manifestaron frente a la Delegación del Gobierno en Valladolid, con pancartas que rezaban: "Boni, nuestro amigo" o "Todos somos Boni".

Fue tal la presión popular que, en veinticuatro horas, al delegado del gobierno no le quedó más remedio que ponerme en libertad, con una obligación de abandonar el territorio español en quince días.

Era primavera de 1997. Lo primero que necesitaba era un visado para poder vivir y trabajar en España. Para ello, tenía que presentar en el Ministerio de Trabajo una oferta de empleo y regresar a Camerún para recoger el visado. Ésta era una lógica administrativa que ni yo, ni los alumnos que me interrogaban de forma empática, lográbamos entender.

"Pero si ya estás aquí, ¿por qué tienes que volver a tu país para recoger el visado? ¿No te lo pueden dar aquí sin que tengas que viajar?" -me preguntó una alumna de instituto. Estaba claro que la burocracia era rotalmente ajena a la profunda amistad que me unía con el mundo de los colegios y de las ONG. Pero hasta los acontecimientos más tristes de la vida tienen su lectura positiva; el regreso a Camerún me ofrecía, además de la recogida del visado, la oportunidad del reencuentro con mis raíces, mi familia y amigos de infancia. Hacía nueve años que me había marchado y el regreso a mi pueblo me ofrecía la oportunidad de recopilar nuevos y viejos cuentos y de volver a España con bases más sólidas. En una palabra, tenía que recibir la bendición de mis progenitores para esta nueva aventura y

volver a emprender mi proceso migratorio. Nueve años antes, había salido de mi país con un proyecto académico; ahora tenía que empezar de nuevo con un proyecto laboral.

Al carecer de oferta de empleo por cuenta ajena, cosa que ocurre con frecuencia a muchos inmigrantes, decidí convertirme en mi propio empleador; elaboré un original, minucioso y voluminoso proyecto de autoempleo como cuentacuentos. Era la primera vez en España que un inmigrante pretendía regularizar su estancia con un proyecto de cuentacuentos; en el libro de profesiones de la Seguridad Social y de Hacienda, no figuraba ninguna referencia a esta profesión; el único epígrafe que el funcionario de turno encontró cercano a la descripción que yo le había hecho, ponía literalmente: "recitadores, caricatos, charlatanes, excéntricos, y otros". En toda la Comunidad Autónoma de Madrid, no constaba que nadie estuviera dado de alta como autónomo de cuentacuentos, aunque ya había muchos profesionales que vivían del oficio. Al leer la memoria descriptiva de mi ambicioso y novedoso proyecto, los funcionarios del Ministerio del Trabajo se quedaron perplejos, y tras consultarse unos a otros, me preguntaron escépticos:

-¿Alguien puede ganarse la vida contando cuentos?

- ¡Claro que sí! Yo llevo cinco años contando cuentos por toda España.

- Si nos traes cincuenta cartas de instituciones o empresas que se comprometan a contratarte como cuentacuentos, daremos luz verde a tu proyecto de autoempleo, -me aseguró el funcionario que me atendió.

En menos de una semana y con la ayuda de los sindicalistas de Valladolid, reuní más de doscientos compromisos de contratación de colegios, institutos, sindicatos, bibliotecas, casas de la cultura, bares, asociaciones de vecinos, particulares, etc... Incluso conseguí un escrito de adhesión a mi causa de la mismísima Cristina Almeida, entonces diputada de la coalición Izquierda Unida, que estaba de paso por la ciudad. Apuntalé el expediente con unos recortes de periódicos de tirada nacional, en los que hablaban de mis actuaciones en bibliotecas y colegios. Estaba seguro de que al Ministerio de Trabajo no le cabía más que una salida: autorizarme a ejercer legalmente el oficio que tanta pasión estaba despertando entre el público. Y no me equivocaba.

Ya estaba listo para realizar el viaje más emocionante de mi vida, para reencontrarme con los míos. Mi familia no me esperaba y por eso la alegría del reencuentro fue aún mayor. Todos mis hermanos se habían convertido en hombres y mujeres. A algunos ni siquiera les pude reconocer. Al explicarles que sólo había viajado para verlos y que tenía que regresar a España, mi madre me preguntó:

- ¿Qué vas a hacer allí? ¿Tienes una mujer o un trabajo?

- Bueno, tengo un trabajo, -balbuceé.

- ¿Eres profesor o funcionario? -prosiguió, ansiosa, mi madre.

- No. Cuento cuentos.

En ese momento intervino mi padre:

- ¿Cuentas cuentos y... te pagan?

- ¡Sí, me pagan!
- ¿Qué te pagan? dinero, ¿o qué?
- Me pagan dinero, comida, hoteles, billetes de avión.
- Los Blancos se han vuelto locos, -concluyó lacónico mi padre.

Su incredulidad me recordó a la del funcionario del Ministerio de Trabajo. Separados por un océano cultural, ambos coincidían en considerar ilógico ganar dinero con uno de los oficios más antiguos de la humanidad. A mi padre le parecía un abuso cobrar dinero por algo que era tan natural como respirar. Al funcionario le parecía tan poco importante el acto de contar cuentos que nadie tenía que pagar a nadie por ello.

Acto seguido, mi padre echó mano de su memoria prodigiosa para contarnos anécdotas de los Blancos, extraídas de la época colonial, allá por los años 50. Nos contó por ejemplo que cuando él trabajaba con los colonos franceses, le extrañaba ver cómo cuando volvían de vacaciones a su país, se llevaban artículos sin importancia: juguetes de madera que fabricaban los niños negros o máscaras que tenían mucho significado para los negros, pero ninguno para ellos. Mi padre se preguntaba entonces si los Blancos no tenían árboles en sus países para fabricar sus propias máscaras de madera y que, con todas las máquinas que poseían, resultarían más bonitas. Todo este comportamiento de los Blancos, a mi padre le resultaba muy infantil.

Al día siguiente de nuestra conversación, fue a buscarme a primera hora y, en tono de confesión, me dijo:

- Mira, Boniface, después de la revelación que nos hiciste anoche, deque los Blancos te pagan por escuchar tus cuentos, yo tengo un cuento con el que podrías ganar mucho dinero.

Y mi padre me contó esta leyenda:

"Al principio de los tiempos, no existía el fuego en la Tierra. Cuando llegaba la época de frío, los humanos no tenían con qué calentar sus casas y sus comidas y no tenían más remedio que tomarlas frías y crudas. Un día, decidieron mandar a un hombre al cielo a buscar el fuego. El hombre elegido para esta misión se llevó para el viaje agua y alimentos.

En aquellos tiempos del principio, el cielo tenía muchos pisos, como los rascacielos de hoy.

Al llegar al primer piso, el hombre se dio cuenta de que sus habitantes eran distintos a los de la Tierra. Ellos sólo tenían la mitad longitudinal del cuerpo: no tenían más que un ojo, una oreja, un brazo, una pierna, media cabeza y medio tronco. El enviado de la Tierra no pudo aguantar la risa, ante aquellos humanoides celestiales:

- ¿Dónde está la otra mitad de vuestros cuerpos? Sois verdaderamente raros... Los de la Tierra, como podéis comprobar, tenemos los cuerpos enteros.

El hombre se estuvo riendo de ellos un buen rato, antes de interrogarles acerca del fuego. Ellos le mandaron al segundo piso. Ahí, el enviado de la Tierra descubrió que la gente caminaba al revés, con las piernas hacia arriba y la cabeza en el suelo.

-¿Estáis borrachos? No entiendo por qué camináis de esta manera, en vez de hacerlo como nosotros, con la cabeza hacia arriba.

El enviado de la Tierra se estuvo riendo de estos seres raros durante un buen rato y luego les preguntó por el fuego. Ellos le mandaron al tercer piso. Ahí, se encontró con un ser supremo llamado Mulungu.

Mulungu era el único habitante del tercer piso. El hombre le explicó que andaba buscando el fuego para que pudieran calentar sus casas y sus comidas. Mulungu le señaló una esquina en la que estaban colocadas varias vasijas y calabazas. Le dio permiso para elegir al azar un solo recipiente, y si dentro encontraba fuego, sería para él y para toda la humanidad. El hombre estuvo buscando en la esquina hasta que encontró la vasija más bonita, decorada con marfil y perlas. Al abrirla, se dio cuenta de que, en vez de fuego, sólo contenía cenizas. Y todos sabemos que las cenizas no son exactamente el fuego, y sabemos que no pueden calentar una casa, ni asar un cordero. Indignado y sintiéndose ridículo, el hombre interpeló a Mulungu:

- ¿Me tomas por tonto? Me has hablado del fuego y en esta vasija tuya sólo encuentro cenizas. ¿Qué clase de broma es ésta?

Con toda la calma que le caracteriza a un ser supremo, Mulungu le contestó al enviado de la Tierra:

- Mientras subías al cielo, te encontraste con mis hijos y mis hermanos; algunos de ellos tenían medio cuerpo y otros caminaban con la cabeza; ¿te acuerdas de las burlas y de los comentarios despectivos que has hecho? ¿Tal vez has venido al cielo a decirnos que todos los de la Tierra sois perfectos? ¿Acaso te crees mejor que los del cielo?

El hombre no supo qué contestarle a Mulungu, porque sabía que en la Tierra nadie es perfecto. Como castigo a su actitud poco respetuosa, tuvo que volver sin el fuego tan ansiado.

A su vuelta al pueblo, el frío era tal que ya nadie se aventuraba a salir de su cabaña. Mandaron a un segundo hombre, que también regresó sin fuego. Fueron mandando a más y más hombres, hasta que la situación se volvió crítica, porque la mitad del pueblo tenía las manos congeladas de frío, entonces tuvieron que mandar a una mujer.

Ella se llevó para el viaje lo mismo que los hombres: agua y alimentos. Pero además se llevó una canción que acostumbraba a cantar a sus niños por la noche. La iba cantando en el camino para combatir la soledad del viaje:

*Kondo yitso*

*Kondo yitso*

*Kondo yitso*  
*Elomo kondo ya banimonimo*  
*Moto unkime ale na guenemo*  
*Yomomuatende na guenemo* .

Cuando alcanzó el primer piso del cielo, se encontró con los humanoides de medio cuerpo. Pero en lugar de reírse de ellos, ella les aseguró que había conocido a todo tipo de personas en la Tierra, y le parecía que en el cielo también debía haber todo tipo de personas. Les cantó y les bailó la canción *kondo yitsoy* muchos se animaron a bailar con ella. Cuando preguntó por el fuego, le enseñaron amablemente el camino al segundo piso.

Ahí se encontró con aquellos seres que caminaban al revés. También mantuvo una actitud respetuosa con ellos, porque recordó haber visto en la tierra gente que no podía caminar. Cuando preguntó por el fuego, le enseñaron el camino al tercer piso y le desearon suerte en su viaje.

Cuando Mulungu la vio, le preguntó cuál era el motivo de su viaje al cielo. Ella le explicó que estaban pasando mucho frío en la Tierra y necesitaban fuego para calentar sus hogares. Mulungu le dio las mismas instrucciones que a los hombres. Pero nada más acercarse al rincón, la mujer se dio cuenta de que ese era el lugar sagrado de Mulungu; con la prudencia que caracteriza a las mujeres, ella no quiso tocar ninguna de las vasijas y calabazas del rincón de Mulungu y se conformó con una vieja calabaza rota y sucia y al abrirla, brilló ante sus ojos el fuego. Le dio un abrazo tierno a Mulungu, el cual le regaló una vaca.

Por la noche, Mulungu le enseñó a hacer el *ngolongolo*<sup>†</sup> . Al día siguiente, ella bajó a la Tierra con el fuego y la vaca, cantando:

*Kondo yotso*  
*Kondo yitso*  
*Kondo yitso*  
*Elomo kondo ya banimonimo*  
*Moto unkime ale na guenemo*  
*Yomomuatende na guenemo*

Al volver a la Tierra, los hombres avergonzados por la hazaña de la mujer, se encargaron de encender una enorme hoguera en la que calentaron sus comidas. También llegaron a la conclusión de que las mujeres son más sensatas. Poco a poco, la noticia de que

---

<sup>\*</sup> Canción original en lengua yambasa, una de las más de doscientas que se hablan en Camerún, y que significa: "Nuestro mundo/ nuestro mundo/ nuestro mundo/ es un mundo de imperfectos/ cada uno tiene su defecto/ yo también tengo mis defectos".

<sup>†</sup> Hacer el amor.

había llegado el fuego a la Tierra se difundió por el mundo, y acudieron personas de todas las edades y condiciones a buscarlo para calentar sus hogares”.

Mi padre concluyó:

-Por eso, desde aquel día, cuando hace frío, tenemos algo con lo que calentar nuestras casas y nuestras comidas.

Y así aproveché mi estancia para renovar mi repertorio de cuentos. Aunque comprobé que, poco a poco, perdía vigencia la costumbre de las veladas en torno al fuego, recorrí la aldea de arriba abajo, en busca de nuevas historias. En principio, ni los jóvenes ni los mayores entendían el interés por los cuentos tradicionales de alguien venido de Europa. Al explicarles que ése era mi nuevo oficio en España, todos se echaban a reír.

A principios de 1998, regresé a España. No sólo estaba en posesión de un visado que me permitía vivir y trabajar sino que, además, me sentía mucho más seguro de mí mismo. La vuelta a mis raíces, el contacto con mi padre y otros ancianos de la aldea, me habían fortalecido.

Una semana después de mi regreso a Madrid, me incorporaba al equipo del SEMSI (Servicio de Mediación Social Intercultural) como mediador del distrito de Moncloa. La práctica de la mediación intercultural, sobre todo en el ámbito educativo, no era totalmente ajena al oficio de cuentacuentos. En ambos casos, se trataba de tender puentes entre comunidades y grupos.

Durante una década entera, he podido sobrevivir al estrés causado por la intervención social en contextos conflictivos, gracias al refugio que me ofrecía la narración oral; muchas tardes y fines de semana, tras una dura jornada escuchando historias deprimentes, y en la mayoría de los casos con la angustia de no poder ofrecer alternativas, me “escapaba” literalmente a contar historias a los niños en bibliotecas, a los abuelos en una residencia, a jóvenes universitarios en un café, etc...